

verdaderamente ricos, tratan de manifestar la pompa y el exterior de éstos, comenzando por el portero, vestido de un largo leviton, sombrero tricornio con una pluma, baston de tambor mayor con el puño dorado y la gran barba hasta la cintura, y que, mas orgulloso que un pavo real, se pasea majestuosamente de un extremo al otro del zaguan.

La casa de un príncipe en Roma, solamente puede ser visitada por personas de igual categoria y le está vedado á cualquiera otro particular penetrar al *Sancta-Sanctorum* de estos nobles, compuestos en su mayor parte de viejos pergaminos.

Para que te convenzas, amiga mia, de lo que te digo sobre este particular, te voy á referir una anecdota que ha poco tiempo acaeció en esta ciudad.

A los pocos dias de legado á ella nuestro apreciable compatriota N., se presentó en la casa de los banqueros Spada y Famin para cobrar una letra: despues de terminado este acto, preguntó el señor N. á qué hora se podria

hallar en casa el príncipe Torlonia para hacerle entrega de una carta que le llevaba de una persona de México. Al oír esto el banquero, preguntó:

—¿El señor es príncipe ó tiene algun otro título para poder penetrar á la casa del señor Torlonia?

El señor N., ofendido por esta pregunta, respondió irónicamente:

—Caballero, usted sabe que en México somos republicanos y yo no tengo mas título que los tres millones que heredé de mi padre.

Al oír esto Flamin, abrió tantos ojos, á la vez que se despedia el señor N., que se propuso no entregar ya personalmente la referida carta.

Debes pensar, María, que la nobleza de Roma en su mayor parte es clerical, es decir, que descende de los papas, cardenales y otras dignidades de la Iglesia, y como éstos han sido muy numerosos, Roma está atestada de príncipes, condes, marqueses, barones y tal vez de otros títulos que ignora el que ha nacido en países republicanos.

Esa casta de príncipes y comparsa tiene, como es natural, tendencias por conservar todo lo antiguo en Roma respecto á costumbres y régimen político, etc., pues cualquiera innovacion en un sentido liberal, vendria á arruinar sus fueros y á disminuir sus rentas, que son las que afluyen á la ciudad de todo el mundo católico y de las que viven del papa abajo, hasta los suizos consabidos y el último portero.

Esta es la causa de que, desde que Roma es la sede del catolicismo, no haya producido un hombre notable fuera de las ciencias eclesiásticas, como los ha producido la alta Italia, que ha estado libre del dominio inmediato de los papas y ha girado en la esfera de los demás países que han dado el gran paso en las conquistas modernas de la civilizacion.

Esta es la causa de que en Roma y los Estados pontificios, haya estado restringida la prensa hasta el extremo de que en la primera solamente se publican dos periódicos: *El Observador Ro-*

*mano y La Verdad Católica*, redactados ambos por jesuitas y monseñores, conteniendo esas publicaciones doctrinas ultramontanas y ni un átomo que trate de los derechos del hombre ni ménos de esas cuestiones de alto interés para la civilizacion y el progreso.

Esta es la causa, finalmente, de que el pueblo de Roma esté sumido en la mas crasa ignorancia; de que los pocos hombres que pueden leer algo que no sean aquellos periódicos, sean unos furibundos descamisados y hayan concebido un odio reconcentrado al gobierno teocrático; de que los campos que forman los Estados pontificios, sean un verdadero cementerio en donde la agricultura se reduce á unos miserables viñedos y que el conjunto de estos Estados, que en otra época constituian la gloria del mundo y su metrópoli, sean hoy un esqueleto y un verdadero arsenal contra la civilizacion.

Los hombres que aman verdaderamente la humanidad y el progreso de las sociedades y que vean á Roma co-

mo es en sí y sin el prestigio de la preocupación, fortificarán el concepto que yo me he formado de ella y que reproduzco en las presentes líneas, lisonjeándome igualmente de que las personas que lean estos viajes, no me tacharán de hereje ni enemigo del clero sólo porque manifiesto las consecuencias de su gobierno civil, consecuencias que están á la vista del que esté animado de una verdadera imparcialidad y que haya estudiado sus corolarios.

Todo lo que pasa lejos de una persona, lo mira siempre á través de un prisma extraordinario, rodeado de una auréola misteriosa y de encantos desconocidos; pero cuando se halla cerca, cuando ha descornado el velo de la distancia, entonces ve claramente las cosas como son en sí y queda destruido el encanto.

Esto pasa generalmente con los que no conocen á Roma en su parte política, no la han visitado ó no han leído nada que trate esa cuestion, y creen que porque los Estados pontificios están gobernados por la autoridad ecle-

siástica (que su piedad juzga como incapaz de una mala accion) allí todo es orden y moralidad y que sus habitantes son tan dichosos como los demás de las naciones mas florecientes.

Mas podria hablarte, María, sobre este particular; pero ahora sí he cometido un verdadero abuso en prolongar demasiado esta carta, de lo que te pido perdon y me ofrezco, como siempre tuyo, S. S. Adios.